

Pero, á pesar de esto, no estaríamos aun en aptitud de pronunciar con certidumbre sobre el valor de los medios, sobre los instrumentos y aparatos sometidos á la atención del público. No se podría juzgarlos bien, en reposo, ni al primer golpe de vista. Conviene verlos funcionar en medio de las viñas, oír la opinión de los prácticos sobre su funcionamiento y esperar los resultados.

Así es como se ha procedido en la posesión de Noisiel, con beneplácito de la familia Menier, para apreciar el trabajo de las sembradoras de granos y de las diseminadoras de abonos pulverulentos. Y así es como se continuarán en tiempo y lugar los ensayos de las segadoras en la misma posesión.

No se habría comprendido que fuera de otra manera respecto de la viticultura. Y se ha hecho bien en designar el viñedo de Mareil-Marly, en Sena y Oise, para experimentar los pulverizadores el 1.º de julio último.

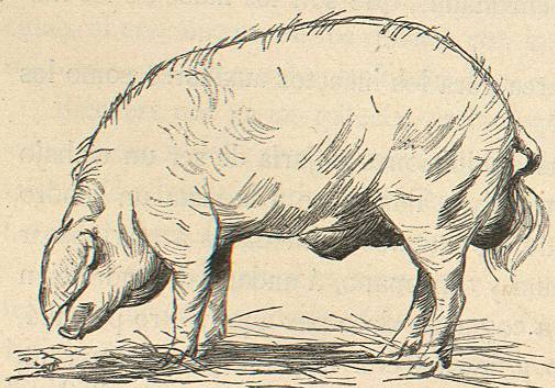
En un concurso de esta clase se vieron funcionar muchos de estos aparatos en Argenteuil el año próximo pasado. Los viñadores inteligentes cargaron con los pulverizadores y pusieron resueltamente manos á la obra; los demás miraban y se refan. Los primeros salvaron sus viñedos del mildiu: los sarmientos se fortalecieron bien, la cosecha fué abundante, maduró en buen tiempo y dió buen vino.

Los segundos que se habían reído mucho, de esa manera estúpida que suele llamarse malicia, vieron por sus ojos cómo el mildiu atacaba sus vides, que muy luego quedaron sin hojas, los sarmientos se debilitaron, los racimos no pudieron madurar y el vino fué detestable, aun añadiendo al mosto azúcar y haciendo fermentar en la misma cuba bayas de saúco negro. Y en voz baja hubieron de jurar nuestros hombres, verdaderamente corridos, que no volverían á reírse de aquellos procedimientos.

En este concurso de Argenteuil, el éxito fué para MM. Japy y Beaume, dos constructores conocidos. La pulverización fué perfecta por ambas partes; pero el aparato de Japy era más ligero y costaba la mitad que el de Beaume, siendo ciertamente su combinación mejor concertada y más fuerte.

Hubo de estos pulverizadores de no sé cuántos sistemas, los cuales mojaban la espalda de los portadores tanto como las viñas.

Cuando se visitan por primera vez las galerías de la Agricultura, se turban los ojos y por más que se mira no se ve nada: realmente hasta la tercera ó cuarta vez no es posible orientarse y sentirse bien hallado. Esto se parece mucho sin duda en todas nuestras grandes Exposiciones y particularmente en la de 1878; sino que esta es más espléndida y



Con mención honorífica

grandiosa. El progreso está manifiesto, sobre todo, en el arte de instalar, de exhibir. París ha puesto la mano en estas cosas rurales y ha sabido hacerlas valer. Dad á París plantas ajadas, manojos de hierbas, de legumbres, de lo más vulgar, y luego al punto arreglará todo con tal y tanta gracia, que no podréis menos de admirarlo. Tiene el talento ó habilidad de hacer algo de nada, y esta habilidad ha entrado siempre por mucho en sus éxitos.

En efecto, muchos que pasarían de largo, sin dignarse mirar siquiera, ante produc-

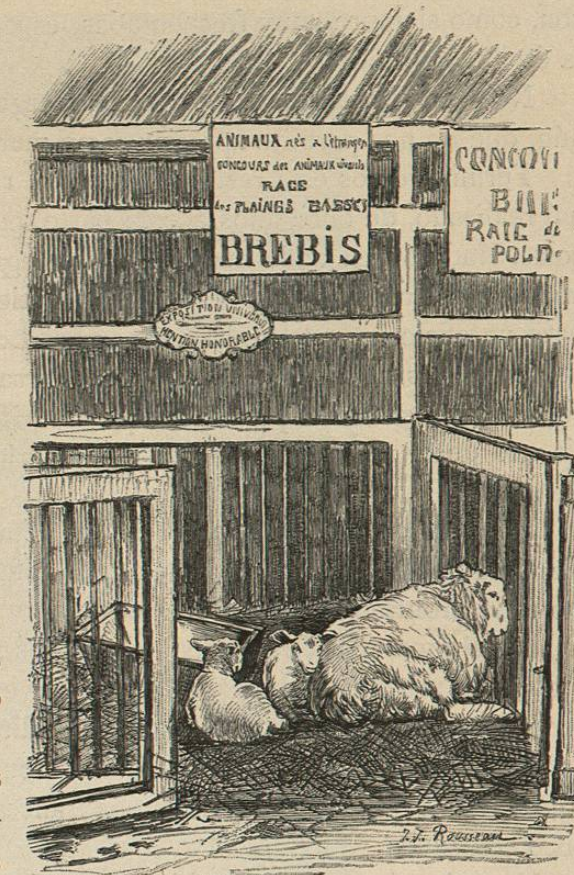
tos liados grosera y torpemente, se detienen con gusto cuando se les presentan amoldados primorosamente. En suma, hay más probabilidad de vender bien uno sus cerezas ó fresas cuando las ofrece en un canastillo adornado con cintas, que no cuando se presentan en una hoja de col. La ciencia se fortalece por todas partes en este magnífico conjunto: todavía es tímida, no reina aun como dueña; pero anuncia que no está lejos el día en que se imponga audazmente su soberanía. Es la impresión que hemos sentido visitando la galería de la enseñanza; y vosotros sentiréis esta impresión tan vivamente como nosotros examinando las instalaciones de algunos de nuestros profesores departamentales de agricultura; la misma impresión en presencia de las bellas instalaciones del Instituto agronómico y de las escuelas de Grignon y de Montpellier; la impresión misma ante las instalaciones de las granjas modelos. Señalamos muy particularmente la de Nolhac, en el alto Loira, bajo la dirección de M. Chaudier, que nos muestra en un cuadro los progresos que ha realizado año por año en los rendimientos de sus cereales; el estado de fertilidad en que tomó estas tierras y el que tienen actualmente. Señalamos también la escuela práctica de Saint Bon (alto Marne), bajo la dirección de M. Roland. He aquí, pues, dos modelos que no hacen mucho ruido y merecen seguirse.

La botánica llama también la atención: los herbarios son numerosos y muchos ofrecen grande interés. La enseñanza no se contenta ya con plantas secas, sino que ha recurrido al dibujo, á las plantas pintadas y á las plantas contrahechas ó artificiales. Con verdadero placer se detiene uno ante el cuadro de Mlle. María Fortier, cuyas plantas artificiales ostentan notable exactitud; tomad una buena lente, contad sus pétalos y sépalos y estambres, y veréis como nada falta allí.

En el extranjero, en Austria especialmente, se ha comprendido muy bien la ventaja de este nuevo método, destinado á la enseñanza elemental de la botánica en el campo. Se han copiado y reproducido cien veces las plantas de nuestra hábil florista, y se han expuesto últimamente en Bruselas; pero las copias son muy inferiores á los originales.

Después de las exposiciones de la enseñanza vienen las de las sociedades, comités, comicios y sindicatos. Las más notables son las del *Pas-de-Calais*, de Sena y Marne y de Aube. Citemos también los excelentes lúpulos de la Costa de Oro, los cuales exhalan el más agradable perfume y están por encima de toda competencia. Son esos lúpulos que los alemanes nos han comprado más de una vez á vil precio, para devolverlos desde Sajonia ó de otra parte á precios mucho más elevados.

Tras las exposiciones colectivas vienen las exposiciones individuales, que no dejan nada que desear tampoco, y finalmente las exposiciones de los tratantes en granos, que



Razas de las tierras bajas y de los pólderes.
Mención honorífica

son, como siempre, muy frecuentadas, especialmente la de la casa Vilmorin-Andrieux y la de la casa Forgeot.

Nos quedan las instalaciones de la Argelia, de las colonias francesas y muchas otras aún, que no nos permite apreciar como merecen el poco espacio de que aquí disponemos.

Terminaremos esta reseña demasiado rápida haciendo constar el progreso excepcional realizado, de once años á esta parte, por nuestros constructores de máquinas agrícolas. Nada ó casi nada nuevo hay que registrar en nuestra maquinaria, á no ser los pulverizadores inventados en estos últimos tiempos y una bomba de M. Noel, en la cual hace un oficio importante la gutapercha. Lo que hay que señalar principalmente en la galería de las máquinas del muelle de Orsay, es una fabricación más cuidada, más graciosa, mejor acabada que en tiempo anterior. Una persona muy competente en la materia nos decía últimamente: «La maquinaria de 1889 vale un 50 por ciento más que en 1878.»

Añádase que la maquinaria de los Estados Unidos figura muy honrosamente también. La de los ingleses es mucho más inferior. Pero seamos justos y no acusemos demasiado pronto á sus constructores: les han faltado estímulos.

En el momento de terminar, recibimos noticias del concurso de Mareil-Marly, donde acaban de practicarse los ensayos de pulverizadores. Los premiados el año anterior en Argenteuil no podían dispensarse de acudir á él: se les hubiera acusado de demasiado prudentes, es decir, de tímidos. Han concurrido, pues, á cara descubierta. Diez y ocho concurrentes estaban inscritos, todos franceses, unos muy conocidos, otros menos ó muy poco conocidos.

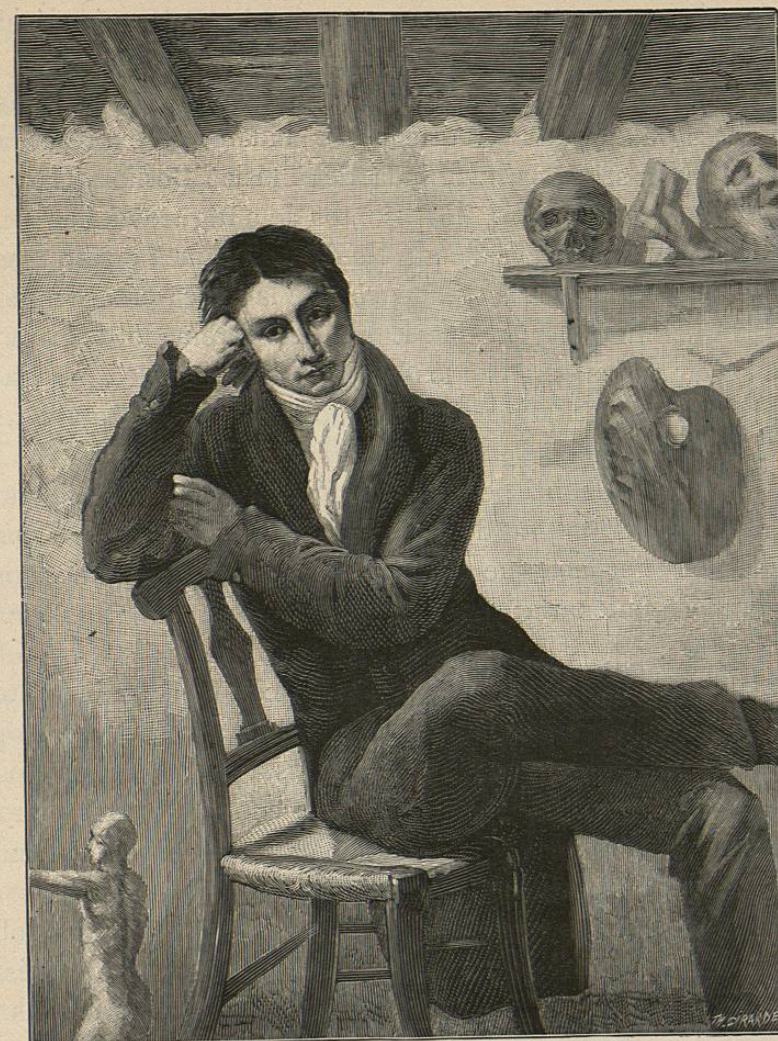
Ya veis cómo nuestros fabricantes de bombas acuden al mildiu, como acudían al fuego. Esta vez los vencedores del año último no han conservado su superioridad. Los primeros premios, en opinión de los viñadores y del jurado, pertenecen á MM. Noel y Bourdil.

Los viñadores tienen en mucho el trabajo expeditivo, la presteza de las operaciones; para nosotros lo esencial no es siempre ir aprisa y ganar mucho terreno, sino hacerlo bien. Los viñadores miran también muy de cerca el precio de los aparatos: acaso hicieran mejor en mirar más á la solidez que al precio.

En un ensayo de pulverizadores, los jurados concienzudos son dignos de compasión. Para que un aparato de esta especie fuera irreprochable, debería reunir á su baratura la ligereza, la celeridad, la solidez, la buena calidad de las primeras materias y una ejecución esmerada.

Esto nos parece difícil: muy á menudo, al lado de una cualidad requerida, se encuentra un inconveniente que se quisiera evitar. Los resultados que nos seducen en un concurso de una hora ó dos, pueden engañarnos; no se sabe si se obtendrán dos veces seguidas ó el año siguiente: el aparato puede ensuciarse y descomponerse. ¿Cuánto tiempo durará? ¿Será menester repararlo muchas veces? Y ¿quién lo reparará? Hay que hacerse todas estas preguntas antes de pronunciarse, y todavía, después de haber emitido su parecer, no está el jurado tranquilo: entra en sí mismo, se interroga, se turba y vacila. Por feliz puede tenerse si no suscita las críticas del público á la vez que las recriminaciones de los concurrentes vencidos.

P. JOIGNEAUX



Retrato de Géricault por sí mismo

EXPOSICIÓN CENTENARIA DEL ARTE FRANCÉS

II

He llamado al romanticismo una revolución. Una fantasía, que no carecía de intención filosófica, ha definido las revoluciones *alborotos triunfantes*. Está en su esencia cambiar un orden de cosas á favor de un trastorno, abrir y ahondar en torrente el lecho por donde ha de correr más tarde un nuevo río. El historiador no llega á explicarlas sino remontándose á sus orígenes tan francamente como le sea posible. Indiquemos, pues, en algunos rasgos las causas del gran cataclismo romántico.

Es un hecho curioso, apenas creíble, que la Revolución francesa, hecha por la clase media, llegó casi de un golpe á apartarse de su vía racionalista. Comenzó por una vuelta ofensiva al espíritu clásico, y fué pronto arrastrada contra su propio objeto. El siglo XVIII puso, es verdad, fuera de alcance ciertos principios de emancipación intelectual; sino que nadie se cuidó de que la nueva teoría de los poderes volviera al concepto latino y tradicional de la autoridad absoluta, exclusivamente centralizadora y por tanto susceptible de degenerar en dictadura. En realidad, después de peripecias favorables y